

nimbo de la revelación. Pero ni Hernando de Talavera, ni el consejero Maldonado, quisieron creerlo, y por su consejo negaron la posibilidad del descubrimiento á primera vista, mientras los Reyes remitieron su revista ó estudio nuevo á mejores tiempos. Aquí debió celebrarse, y por este período de las primeras relaciones entre Talavera y Colón, la junta de teólogos atribuída por un error acreditadísimo á Salamanca y reunida en Córdoba realmente, que dió un dictamen opuesto al plan y pensamiento del descubridor y fué causa de largas dilaciones. †

CAPÍTULO XII

COLÓN EN SALAMANCA

QUERO mientras así lo desahuciaban unos, acorrianlo con sus influencias y con sus luces otros. Entre los adeptos allegados á la idea colombina entonces, lucen como los primeros el padre franciscano Antonio de Marchena y el padre dominico Diego de Deza. Indudablemente, aquél debió sostenerlo en Andalucía con su consejo y con su auxilio contra las negaciones de la Junta presidida por Talavera en Córdoba, como éste debió abrirle con su ciencia y con su influjo las puertas de Salamanca. Ninguna tradición tan acreditada como la que dilata por el mundo un desconocimiento tal de la geografía y de la cosmografía en la Universidad salmantina, que llegó á suscribirse con todos sus doctores unánimes en contra de Colón, y á oponer todas las supersticiones del sentido común á todos los presentimientos y á

todos los anuncios y á todas las profecías del genio y del saber. Sin embargo, una fundada rectificación de tales errores, no solamente revoca la creencia secular y la invalida para siempre, sino que atribuye á Salamanca el comienzo de la fortuna del descubridor, y coordina con su estancia en la ciudad sabia los primeros auxilios metálicos entregados por los Reyes al descubridor para prosperar su obra. Muchos juzgan de las universidades en el Renacimiento por aquello que fueron á fines del siglo último, cuando heridos á una Pontificado y Monarquía, empeñábanse las viejas escuelas, al calor de ambos institutos nacidas, en permanecer inmóviles junto á sus ídolos, alzados en el altar y en el trono. Las universidades habíanse fundado para extraer del monasterio la ciencia y llevarla con mejor acuerdo á poder del Estado. Pasaba con esto en el mundo cristiano lo mismo que pasara en el mundo antiguo al salir la filosofía de los colegios sacerdotales: iba el ideal bajando al pueblo y esclareciéndolo con resplandores, los cuales poco á poco le prestaban una superior vida social. Si las universidades en el Renacimiento no hubieran hecho más que fomentar la jurisprudencia y difundir el gusto á las antiguas letras, hicieran muchísimo, pues con las humanidades completaron la historia, reducida largo tiempo á relatar lo que interesaba únicamente á los pueblos cristianos en las crónicas de latín eclesiástico, y con el derecho romano destruyeron á un tiempo los excesos de la teocracia y los excesos del feudalismo. En vano los Papas contendían con los Reyes por la dirección universitaria: tales insti-

tutos, por sí, revestían un carácter antiteocrático y laico. Verdad su cooperación al regalismo de la Corona, muy exagerado con detrimento de los Pontífices; verdad también su cooperación al absolutismo por las apariencias de imperio romano dadas en sus exageraciones y en sus violencias á las Monarquías cristianas. Pero todos los progresos humanos adolecen de una oposición radical á los tiempos y á los ideales que los han engendrado. La Universidad salmantina brillaba entonces en el Derecho y en las Humanas Letras. Por consecuencia, no podía oponer á las innovaciones una vieja resistencia como la sobre sus espaldas impuesta por un error secular á los proyectos de Colón. Salamanca por sí, con excepción de algunas casas nobles y guerreras, las cuales unas con otras combatían en perdurable combate sin descanso y sin tregua, se nos aparece como una ciudad universitaria, donde los monasterios eran escuelas, y las capillas cátedras, y las salas capitulares academias, y la población conjunto y suma de discípulos que aprendían y maestros que enseñaban á todas horas y en todas partes.

Fundó aquella Universidad en comienzos del siglo décimotercio Alonso IX de León; amplióla Fernando III el Santo, Rey de Castilla y León ya, en mediados del siglo décimotercio; y á fines de este mismo siglo ya organizóla y coronóla D. Alfonso X el Sabio. Exenciones de peajes y portazgos á los que aprendían ó enseñaban; cesión de tercias reales para proveer á su mantenimiento; preferencia de inquilinatos á los escolares; posadas instituidas y hospitales dotados para procurar el bien de la

juventud estudiantil; disposiciones encaminadas á la conservación del orden público y del respeto de las leyes; privilegios concedidos á sus sabios habitantes; milicias encargadas de la pública seguridad y de sobreponerse á los levantiscos señores, para que no turbasen los estudios con sus algaradas de costumbre y sus alardes de combate; cuanto pudiese contribuir á la formación de una población universitaria y científica, lo hacían de consuno en emulación porfiadísima Reyes y Papas, quienes le ponían, ora el nombre de regia, como hicieron las reinas Catalina é Isabel, ora el nombre de pontificia, como hicieron Martín V y el Papa Luna; pero que la sustentaron siempre allá en la cumbre donde resplandecían sus tres compañeras: Bolonia, París y Oxford. El Tostado la cercó de piedra para que apareciese como una ciudadela en la ciudad; la catedral no quiso nunca renunciar á la hermandad con ella, la cual fué de antiguo al extremo de sentarse los doctores como canónigos en el coro y los canónigos como doctores en el claustro. Así tuvo un predominio tal, que la consideraron todos los pueblos como asiento de la sabiduría. Y por tal razón, cuando se le suele preguntar cualquier importunidad á uno, contesta: «Quien desee saber, que vaya á Salamanca.» Pues bien: como época principal y mejor de su grandeza quedará siempre la época que coincide con la llegada del inmortal descubridor á su seno. Y esta grandeza intelectual trasciende hoy mismo desde sus ruinas á nuestra consideración y á nuestro pensamiento, catándose, no tan sólo en los admirables monumentos consagrados á la enseñanza, como su mara-

villosa Universidad, blasonada cual una gran señora con cien complicados escudos pontificios ó regios, y engrandecida por una portada plateresca, la cual creeríais por joyeros florentinos cincelada; no tan sólo en aquellas capillas donde aún vuelan tantas ideas exhaladas por profesores universitarios, y en aquellos claustros henchidos en tiempo de una estudiantina entusiasta y bulliciosa, cuyos nombres laureados leéis en cada piedra con vítores y loores; no tan sólo en monumentos como el gloriosísimo de San Esteban, donde resplandecen maravillas propias de los Guas y de los Siloes, ó el tan celebrado de los irlandeses, ornamentado por nuestros mejores buriles: en algo moral que ha sobrevivido á su grandeza, en una distinción de modales entre sus habitantes, en un hábito de cortesía, en una propiedad de lenguaje y estilo, en un respeto al saber y en un amor á la ciencia que allí se aquista por la respiración y por los poros, como si el aire de ideas estuviera impregnado y el bien decir antiguo, con toda su elegancia, se hubiera transmitido á las almas, como á las venas se mandan y se transmite por unas generaciones á otras generaciones la sangre. Aquella Universidad, que contaba con humanistas como Nebrija, quien parecía en su ciencia literaria y en su lenguaje puro haber con los antiguos convivido; con filósofos como Soto y Vitoria, los cuales alcanzaron los conceptos fundamentales del derecho mucho antes que Grocio; con profesores de moral como Ximénez, y de lógica cual Herrera, que anticipaba las ideas de Bacón y Descartes contra el vacío escolasticismo, y de astrología cual Torres; aquella Uni-

versidad, decía, no pudo levantar á la frente del Profeta las nefastas sombras supuestas por una falsa leyenda urdida con errores, los cuales hasta el día de ayer se han agrandado por una falsa tradición, ya desvanecida felizmente por los progresos de una sabia y fundada crítica.

Todas las investigaciones hechas en los años últimos, y todos los documentos encontrados, confirman la sagaz opinión del sabio escritor salmantino Sr. Rodríguez Pini-lla, que imputa la primer negativa rotunda, opuesta en la corte al proyecto de Colón, á la Junta oficial presidida en Córdoba por el prior de Prado, Hernando de Talavera, y atribuye los comienzos de una propensión del Estado al proyecto mostrada en los maravedís mandados dar por los Reyes á las Juntas extraoficiales, juntas universitarias celebradas en el salón de San Esteban y seguidas de una inteligencia inmediata entre la Corona y el Profeta. Sin embargo, el arte y la poesía, cuando no la historia, siguen cargando sobre Salamanca y su claustro la resistencia tenaz al descubrimiento, que lleva el sambenito puesto por todas las generaciones en todas las lenguas á los enemigos del humano progreso. Aquellos doctores, pintados en una parte por pinceles hostiles á ellos, zaheridos en otras por indignaciones justas si los cargos puestos sobre su ceguera y ofuscamiento fueran ciertos, anatematizados por una tradición que dura de siglo en siglo y se transmite de generación en generación, no merecen tal nota, pues iluminados por la ciencia cosmográfica del P. Marchena, en quien tuvo siempre Colón un colaborador competente y asiduo completado con un amigo entusiasta y



Lit. Felipe G. Rojas Madrid

constante, en soberano impulso al bien y á la verdad por el sabio Deza determinados, por Deza que representaba la voluntad á servicio del progreso, cual Talavera por su parte representaba la resistencia, lograron una reconciliación entre la ciencia y la fe, á cuya virtud se debe la buena fortuna y la eterna gloria del descubrimiento. Monasterio de San Esteban, sala *De Profundis* en este monasterio, quinta de Vallcuevos, salón de la Universidad, riberas deleitosas del Tormes, todo cuanto en Salamanca los ojos del alma columbran como circuído de recuerdos y de ideas, todo lleva impresa la retina de Colón, que recibía de lo interior tanta luz y que se fijaba en los objetos con la certera mirada del marino avizor. Allí, en Salamanca, no debió encontrar las burlas que tanto amargaran su vida en otras partes. No debió allí ver tan adustos rostros como aquel de Talavera, sumamente airado á la consideración de que divertía el proyectista con sus proyectos la general atención de un objeto tan predilecto y tan preferente como la reconquista de Granada. El P. Deza oía con arrobamiento á Colón, y confiaba en él y en Dios revelador con viva fe. Los frailes dominicos le trataban como á un hermano más, y le asistían en sus dolores con los consuelos debidos por una grande amistad y con los manuscritos de una biblioteca escasa en impresos todavía, por no haber pasado ni medio siglo siquiera tras el hallazgo de la imprenta. La dehesa de Vallcuevos le ofrecía reposo, esparcimiento, solaz, tiempo y lugar para sus estudios, espacio y silencio á los recogimientos en sí mismo y á las absorciones en el ideal. Todavía en-